

René Guénon

*Formas
tradicionales
y ciclos cósmicos*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Estudios y Documentos

FORMAS TRADICIONALES Y CICLOS CÓSMICOS

René Guénon

1.ª edición: junio de 2022

Título original: *Formes traditionnelles et cycles cosmiques*

Traducción: *Francisco Gutiérrez*

Diseño de cubierta: *Carol Briceno*

© 2022, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-863-3
Depósito Legal: B-5.743-2022

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO | 7 |
| 1. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA DOCTRINA DE LOS CICLOS CÓSMICOS..... | 11 |
| 2. ATLÁNTIDA E HIPERBÓREAS | 31 |
| 3. EL LUGAR DE LA TRADICIÓN ATLANTE EN EL <i>MANVANTARA</i> | 43 |
| 4. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL NOMBRE <i>ADAM</i> | 49 |
| 5. CÁBALA | 55 |
| 6. CÁBALA Y CIENCIA DE LOS NÚMEROS | 63 |
| 7. <i>LA KABBALE JUIVE</i> DE PAUL VULLIAUD..... | 77 |
| 8. EL <i>SIFRA DI TZENIUTHA</i> | 101 |
| 9. LA TRADICIÓN HERMÉTICA..... | 113 |
| 10. HERMES..... | 123 |
| 11. LA TUMBA DE HERMES..... | 133 |

PRÓLOGO

Los artículos reunidos en el presente libro representan acaso el aspecto más «original» –también el más desconcertante para muchos lectores– de la obra de René Guénon. Se le hubiera podido dar el título *Fragments de una historia desconocida*, pero de una historia que engloba protohistoria y prehistoria por cuanto empieza con la tradición primordial contemporánea de los comienzos de la presente humanidad.

Son fragmentos destinados a seguir siéndolo en el sentido de que, sin duda, le hubiera sido imposible al propio Guénon presentar esta historia de manera continua y sin lagunas, pues las fuentes tradicionales que le proporcionaron los datos de dicha historia eran probablemente múltiples. Son fragmentos también en otro sentido, pues sólo se han podido reunir aquí los textos aún no incorporados a volúmenes anteriores, sea por el propio Guénon, o por los compiladores de libros póstumos publicados hasta ahora.

Tal cual, nos parece que estos fragmentos abren tantos horizontes nuevos para el lector occidental de hoy que habría sido lamentable dejarlos escondidos en colecciones de revistas solamente accesibles en algunas grandes bibliotecas públicas.

Hemos aludido a fuentes tradicionales múltiples. Éste es el lugar para recordar lo que un día escribió René Guénon, a saber, que sus fuentes no contenían «referencias». Ello es todavía más cierto para los textos aquí reunidos que para otras partes de la obra de Guénon. Por eso el presente libro está destinado, en nuestro pensamiento, sobre todo a los lectores que conocen ya el conjunto de la obra del autor: la metafísica expuesta por Guénon será para ellos garantía de la historia de la tradición.

En los textos que se van a leer, lo que concierne a Hiperbórea y a la Atlántida es lo que será un escollo para algunos, pues casi todo lo que respecto al tema se dice aquí va a contracorriente de las ideas que prevalecen, generalmente, en el mundo científico occidental. Más puntos de convergencia habría, creemos, con los resultados de la investigación científica en el mundo soviético; pero éstos son demasiado imperfectamente conocidos aquí para que se los pueda tener en cuenta útilmente.

Además, dado el carácter prehistórico evidente de las épocas a las que nos remiten las tradiciones hiperbórea y atlántica, no se pueden evocar más que estos indicios, la mayor parte de los cuales se sitúan en los ámbitos de la etnografía y la lingüística comparada de las religiones. Así podría mencionarse la comunidad de ciertos ritos, el parentesco más o menos estrecho de muchos otros, en particular de la circuncisión practicada a ambos lados del Atlántico. La arquitectura y la arqueología aportarían sin duda algunos apoyos. Se sabe que, después de haberlo negado durante generaciones, los sabios, tras el descubrimiento de algunas criptas funera-

rias, han tenido que admitir que las pirámides del Nuevo Mundo se utilizaban no sólo como templos, sino también como tumbas —a veces como observatorios— igual que las de Egipto. Sin embargo, este conjunto de datos, desde el punto de vista de la ciencia oficial, sigue sin poder aportar más que indicios, no certidumbres, en cuanto a la presencia del hombre en el continente atlante; aunque la existencia de este último en épocas geológicas anteriores no se discute ya.

El estudio sobre los ciclos cósmicos, por el que se abre el libro a causa de su carácter de preámbulo, no ofrece dificultades particulares, pues la existencia de una doctrina de los ciclos en la tradición hindú es generalmente conocida en Occidente. Se sabe ahora que también en la cábala judía y el esoterismo islámico hay doctrinas cíclicas.

Para dar más coherencia a esta compilación, tan sólo se han retenido, además de los estudios sobre Hiperbórea y la Atlántida, los que conciernen a tradiciones no cristianas que hayan tenido influencia directa sobre el mundo occidental, es decir, la tradición hebraica y las tradiciones egipcia y grecolatina. El celtismo, sin embargo, no figura aquí, como tampoco el islam. No es que desestimemos el papel de estas dos tradiciones, al contrario. Simplemente, lo que en la obra de Guénon concierne al celtismo se ha integrado en el libro titulado *Symboles fondamentaux de la Science sacrée*:¹ son los estudios sobre el santo grial (caps. III y IV de dicha obra), sobre «El triple recinto druídico» (cap. X), sobre «La tierra

1. Hay traducción española: *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. Eudeba, Buenos Aires (varias ediciones).

del sol», (cap. XII) y sobre «El jabalí y la osa» (cap. XXIV). En lo que concierne al islam, el único artículo de Guénon que tiene relación con el presente tema es el titulado «Los misterios de la letra Nûn», que forma el capítulo XXII de los *Symboles fondamentaux*.

En cuanto a las tradiciones hebraica y egipcia, se completarán los estudios contenidos en esta compilación con el capítulo XXI de *Le Règne de la quantité et les signes des Temps*,² sobre «Caín y Abel» y por el capítulo XX de los *Symboles fondamentaux* titulado «Set».

Una vez precisado esto, hay que agregar que en todo caso el volumen presentado hoy no puede separarse completamente de los tres libros siguientes considerados en su totalidad: *Le Roi du Monde*, *Le Règne de la quantité et les signes des temps* y *Symboles fondamentaux de la Science Sacrée*.

¿Se nos permitirá agregar que los conocimientos cosmológicos tradicionales contenidos en estos cuatro libros constituyen una suma que, sin duda, no tiene equivalente en ninguna lengua?

Roger Maridort

2. Hay traducción española: *El Reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Ed. Ayuso, Madrid, 1976.

Capítulo 1

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA DOCTRINA DE LOS CICLOS CÓSMICOS¹

Acerca de las alusiones que, aquí y allá, nos hemos vistos inducidos a hacer a la doctrina hindú de los ciclos cósmicos y a los equivalentes que se encuentran en otras tradiciones, se nos ha pedido a veces si podríamos dar de ella si no una exposición completa, sí, al menos, una visión de conjunto suficiente para extraer los rasgos esenciales. En verdad, nos parece que ésa es una labor poco menos que imposible, no sólo porque el asunto es hartó complejo en sí mismo, sino sobre todo a causa de la extrema dificultad que hay para exponer estas cosas en una lengua europea y de manera que se las haga inteligibles para la mentalidad occidental actual, que no está nada acostumbrada a este tipo de consideraciones. Lo que realmente es posible hacer, a nuestro entender, es tratar de esclarecer algunos puntos con observaciones co-

1. Este artículo apareció en inglés en el *Journal of the Indian Society os Oriental Art*, número de junio-diciembre de 1937, dedicado a A. K. Coomaraswamy con ocasión de su sexagésimo aniversario.

mo las que van a seguir, y que en suma no pueden tener otra pretensión que la de aportar simples sugerencias sobre el sentido de la doctrina de que se trata, más bien que explicarla verdaderamente.

Hemos de considerar que un ciclo, en la acepción más general de este término, representa el proceso de desarrollo de un estado cualquiera de manifestación o, si se trata de ciclos menores, el de alguna de las modalidades más o menos restringidas y especializadas de ese estado. Por otra parte, en virtud de la ley de correspondencia que enlaza todas las cosas en la existencia universal, hay siempre y necesariamente, una cierta analogía bien entre los diferentes ciclos de un mismo orden, bien entre los ciclos principales y sus divisiones secundarias. Eso es lo que permite emplear, para hablar de ellos, un mismo y único modo de expresión, aunque a menudo éste no deba entenderse sino simbólicamente, puesto que la esencia misma de todo simbolismo precisamente es el fundarse en las correspondencias y analogías que existen realmente en la naturaleza de las cosas. Queremos aludir aquí sobre todo a la forma «cronológica» en que se presenta la doctrina de los ciclos: cómo el *Kalpa* representa el desarrollo total del mundo, es decir, de un estado o grado de la existencia universal, es evidente que no se podrá hablar literalmente de la duración de un *Kalpa*, evaluado según una medida de tiempo cualquiera, más que si se trata de aquel que se refiere al estado del que el tiempo es una condición determinante, y que constituye propiamente nuestro mundo. En cualquier otro caso, tal consideración de la duración, y de la sucesión que ella implica no podrá tener sino un valor

puramente simbólico, y habrá de transponerse analógicamente, pues entonces la sucesión temporal es sólo una imagen del encadenamiento, lógico y ontológico a la vez, de una serie «extra-temporal» de causas y efectos; mas, por otra parte, como el lenguaje humano no puede expresar directamente otras condiciones que las de nuestro estado, tal simbolismo está por ello mismo suficientemente justificado y ha de considerarse como perfectamente natural y normal.

No tenemos la intención de ocuparnos ahora de los ciclos más extensos, como los *Kalpas*; nos ceñiremos a los que se desarrollan en el interior de nuestro *Kalpa*, es decir a los *Manvantaras* y sus subdivisiones. A este nivel, los ciclos tienen un carácter a la vez cósmico e histórico, pues conciernen más especialmente a la humanidad terrenal, estando al mismo tiempo estrechamente ligados con los acontecimientos que se producen en nuestro mundo fuera de ella. No hay en eso nada de lo que haya que asombrarse, pues la idea de considerar la historia humana como aislada en cierto modo de todo lo demás es exclusivamente moderna y claramente opuesta a lo que enseñan todas las tradiciones que, por el contrario, afirman unánimemente, una correlación necesaria y constante entre los órdenes cósmico y humano.

Los *Manvantaras*, o eras de *Manúes* sucesivos, son catorce en total, y forman dos series septenarias de las que la primera comprende los *Manvantaras* pasados y aquél en que vivimos actualmente, y la segunda los *Manvantaras* futuros. Estas dos series, de las que una se refiere, pues, al pasado, con el presente, que es su resultante inmediata, y la otra al futuro, pueden ponerse en correspondencia con las de los siete

Swargas y los siete *Pâtâlas*, que representan el conjunto de los estados respectivamente superiores e inferiores al estado humano, si nos situamos el punto de vista de la jerarquía de los grados de la Existencia o la manifestación universal, o anteriores y posteriores respecto a ese mismo estado, si nos situamos en el punto de vista del encadenamiento causal de los ciclos descrito simbólicamente, como siempre, bajo la analogía de una sucesión temporal. Este último punto de vista es evidentemente el que más importa aquí: permite ver, en el interior de nuestro *Kalpa*, como una imagen reducida de todo el conjunto de los ciclos de la manifestación universal, según la relación analógica que antes hemos mencionado, y, en ese sentido, se podría decir que la sucesión de los *Manvantaras* representa en cierta forma un reflejo de los otros mundos en el nuestro. Por otra parte, para confirmar esta asociación, también señalarse que las palabras *Manú* y *Loka* se emplean, una y otra, como designaciones simbólicas del número 14; hablar a este respecto de una simple «coincidencia» sería dar prueba de una completa ignorancia de las razones profundas inherentes a todo simbolismo tradicional.

Aún se puede considerar otra correspondencia con los *Manvantaras*, en lo que concierne a los siete *Dwîpas* o «regiones» en los que se divide nuestro mundo; en efecto, aunque a éstos, según el sentido propio de la palabra que los designa, se los representa como otras tantas islas o continentes repartidos de cierta manera en el espacio, hay que guardarse mucho de tomárselo literalmente y considerarlos simplemente como diferentes partes de la tierra actual; de hecho, «emergen» por turnos y no simultáneamente, lo que equiva-

le a decir que sólo uno de ellos se manifiesta en la esfera sensible durante el transcurso de cierto período. Si tal período es un *Manvantara*, habrá que concluir de ello que cada *Dwîpa* tendrá que aparecer dos veces en el *Kalpa*, esto es, una vez en cada una de las dos series septenarias de las que acabamos de hablar; y de la relación de estas dos series, que se corresponden en sentido inverso, como ocurre en todos los casos similares y en particular para las de los *Swargas* y los *Pâtâlas*, se puede deducir que el orden de aparición de los *Dwîpas*, en la segunda serie, también habrá de ser inverso al de la primera. En suma, se trata de diferentes estados del mundo terrenal, más bien que de «regiones» propiamente hablando: el *Jambu-Dwîpa*, en realidad, representa la tierra entera en su estado actual, y si se dice que se extiende al sur del *Mêru*, o de la montaña «axial» en torno a la cual se efectúan las revoluciones de nuestro mundo, es porque, en efecto, como el *Mêru* se identifica simbólicamente con el Polo Norte, toda la tierra está situada verdaderamente al sur con respecto a él.

Para explicarlo más completamente, habría que poder desarrollar el simbolismo de las direcciones del espacio, según las cuales se reparten los *Dwîpas*, así como las relaciones de correspondencia que existen entre tal simbolismo espacial y el simbolismo temporal sobre el cual se basa toda la doctrina de los ciclos; pero, como no nos es posible entrar aquí en estas consideraciones que por sí solas exigirían todo un volumen, hemos de contentarnos con estas indicaciones someras, que, por lo demás, fácilmente podrán completar por sí

mismos todos cuantos ya tienen algún conocimiento de aquello de que se trata.

Este modo de considerar los siete *Dwîpas* se encuentra también confirmado por los datos concordantes de otras tradiciones en las cuales se habla igualmente de las «siete tierras», especialmente el esoterismo islámico y la cábala hebraica: así, en esta última, estas «siete tierras», aunque estando representadas exteriormente por otras tantas divisiones de la tierra de Canaán, son relacionadas con los reinos de los «siete reyes de Edom», que corresponden de forma bastante manifiesta a los siete *Manúes* de la primera serie; y todas ellas están comprendidas en la «Tierra de los Vivos», que representa el desarrollo completo de nuestro mundo, considerado como realizado de modo permanente en su estado principal. Podemos notar aquí la coexistencia de dos puntos de vista: uno de sucesión, que se refiere a la manifestación en sí misma, y el otro de simultaneidad, que se refiere a su principio, o a lo que se podría llamar su «arquetipo»; y, en el fondo, la correspondencia de estos dos puntos de vista equivale en cierto modo a la del simbolismo temporal y el simbolismo espacial, a la que acabamos de aludir en lo que concierne a los *Dwîpas* de la tradición hindú.

En el esoterismo islámico, las «siete tierras» aparecen, quizá aún más explícitamente, como otras tantas *tabaqât* o «categorías» de la existencia terrenal, que coexisten y se interpenetran en cierto modo, pero de las que una sola puede ser actualmente alcanzada por los sentidos, mientras que las demás se encuentran en estado latente y no pueden ser percibidas sino excepcionalmente y en ciertas condiciones espe-

ciales; y, también aquí, son manifestadas exteriormente una tras otra, en los diversos períodos que se suceden en el curso de la duración total de este mundo. Por otra parte, cada una de esas «siete tierras» está regida por un *Qutb* o «Polo», que corresponde, pues, muy claramente al *Manú* del período durante el cual su tierra se manifiesta; y esos siete *Aqtâb* están subordinados al «Polo» supremo, como lo están los diferentes *Manúes* al *Adi-Manu* o *Manú* primordial; pero además, a causa de la coexistencia de las «siete tierras», en cierto aspecto también ejercen sus funciones de una manera permanente y simultánea.

Apenas hay que hacer observar que esa designación de «Polo» se relaciona estrechamente con el simbolismo «polar» del *Mêru* que hemos mencionado hace un momento, y el propio *Mêru*, por lo demás, tiene su equivalente exacto en la montaña de *Qâf* en la tradición islámica. Agreguemos también que los siete «Polos» terrenales son considerados reflejos de los siete «Polos» celestes, que rigen, respectivamente los siete cielos planetarios; y esto evoca naturalmente la correspondencia con los *Swargas* en la doctrina hindú, la cual acaba de demostrar la perfecta concordancia que a este respecto existe entre ambas tradiciones.

Consideremos ahora las divisiones de un *Manvantara*; esto es, los *Yugas*, que son cuatro en total; y señalaremos el primer lugar, sin insistir mucho en ello, que esa división cuaternaria de un ciclo es susceptible de aplicaciones múltiples, y que, de hecho, se encuentra en muchos ciclos de orden más particular: pueden citarse como ejemplo las cuatro estaciones del año, las cuatro semanas del mes lunar y

las cuatro edades de la vida; también aquí hay correspondencia con un simbolismo espacial relacionado principalmente, en este caso, con los cuatro puntos cardinales. Por otra parte, a menudo se ha señalado la equivalencia manifiesta de los cuatro *Yugas* con las cuatro edades de oro, plata, bronce y hierro, como eran conocidas por la antigüedad grecolatina: por ambas partes, cada período está por igual marcado por una degeneración con respecto al que ha precedido, y esto, que se opone directamente a la idea de «progreso» como la conciben los modernos, se explica, muy sencillamente por el hecho de que como todo desarrollo cíclico, esto es, todo proceso de manifestación, implica necesariamente un alejamiento gradual del principio, constituye verdaderamente, en efecto, un «descenso», lo cual, por lo demás, es también el sentido real de la «caída» en la tradición judeocristiana.

De un *Yuga* a otro, la degeneración va acompañada de un decrecimiento de la duración, que, por otra parte, se considera que influye en la longitud de la vida humana; y lo que ante todo importa, a este respecto, es la relación que hay entre las duraciones respectivas de esos distintos períodos. Si la duración total del *Manvantara* se representa por 10, la del *Krita-Yuga* o *Satya-Yuga* será representada por 4, la del *Trêtâ-Yuga* por 3, la del *Dwâpara-Yuga* por 2, y la del *Kali-Yuga* por 1; estos números son también los de los pies que representa que el toro simbólico del *Dharma* apoya en tierra durante los mismos períodos. La división del *Manvantara*, pues, se efectúa según la fórmula $10 = 4 + 3 + 2 + 1$, que, en sentido inverso, es la de la *Tetraktys* pitagórica:

$1 + 2 + 3 + 4 = 10$; esta última fórmula corresponde a lo que el lenguaje del hermetismo occidental denomina la «circulatura del cuadrante», y la otra al problema inverso, la «cuadratura del círculo», que expresa precisamente la relación entre el fin del ciclo y su comienzo, es decir, la integración de su desarrollo total; en ello hay todo un simbolismo a la vez aritmético y geométrico, que no podemos más que indicar también de paso para no apartarnos demasiado de nuestro sujeto principal.

En cuanto a las cifras indicadas en diversos textos para la duración del *Manvantara*, y, como consecuencia, para la de los *Yugas*, ha de quedar claro que en modo alguno hay que considerarlas como si constituyeran una «cronología» en el sentido corriente de la palabra, queremos decir como si expresaran números de años que debieran tomarse al pie de la letra; por eso, además, ciertas aparentes variaciones en esos datos no implican, en el fondo, ninguna contradicción real. Lo que de modo general hay que considerar en tales cifras es solamente el número 4320, por el motivo que vamos a explicar a continuación, y no los ceros más o menos numerosos de que va seguido, y que incluso pueden estar destinados sobre todo a despistar a quienes quieran entregarse a ciertos cálculos. Esta precaución puede parecer extraña a primera vista, pero, sin embargo, es fácil de explicar: si la duración real del *Manvantara* fuese conocida, y si, además, su punto de partida fuese determinado con exactitud, todos podrían extraer sin dificultad deducciones que permitirían prever ciertos acontecimientos futuros; ahora bien, ninguna tradición ortodoxa ha animado jamás las investigaciones por me-

dio de las cuales el hombre puede llegar a conocer el futuro en una medida más o menos amplia, pues tal conocimiento presenta prácticamente muchos más inconvenientes que verdaderas ventajas. Por eso, el punto de partida y la duración del *Manvantara* siempre se han disimulado más o menos cuidadosamente, bien añadiendo o quitando un determinado número de años a las fechas reales, bien multiplicando o dividiendo las duraciones de los períodos cíclicos de manera que conservan solamente sus proporciones exactas; y añadiremos que algunas correspondencias también han sido invertidas por motivos similares.

Si la duración del *Manvantara* es 4320, las de los cuatro *Yugas* serán respectivamente 1728, 1296, 864 y 432; pero ¿por qué número habrá que multiplicar éstos para obtener la expresión en años de tales duraciones? Es fácil advertir que todos los números cíclicos están en relación directa con la división geométrica del círculo: así, $4320 = 360 \times 12$; por lo demás, nada hay de arbitrario o puramente convencional en esa división; pues por razones que derivan de la correspondencia existente entre la aritmética y la geometría, es normal que se efectúe según múltiplos de 3, 9 y 12, mientras que la división decimal es la que conviene propiamente a la línea recta. Sin embargo, esta observación, aunque verdaderamente fundamental, no permitiría ir muy lejos en la determinación de los períodos cíclicos si no supiésemos, además, que la base principal de éstos, en el orden cósmico, es el período astronómico de la precesión de los equinoccios, cuya duración es de 25920 años, de manera que el desplazamiento de los puntos equinociales es de un grado en 72 años.

Este número 72 es, precisamente, submúltiplo de $4320 = 72 \times 60$, y 4320 es a su vez submúltiplo de $25920 = 4320 \times 6$; el hecho de que para la precesión de los equinoccios se encuentran los números ligados a la división del círculo, por otra parte, es una prueba más del carácter verdaderamente natural de este último; pero la cuestión que se plantea es ésta: ¿qué múltiplo o submúltiplo del período astronómico de que se trata corresponde realmente a la duración del *Manvantara*?

El período que más frecuentemente aparece en diferentes tradiciones, a decir verdad, quizá no sea tanto el de la precesión de los equinoccios como lo es el de su mitad: en efecto, ésta corresponde especialmente a lo que era el «gran año» de persas y griegos, evaluado frecuentemente por aproximación en 12000 o 13000 años, siendo su duración exacta 12960 años. Dada la particularísima importancia que se le atribuye así a este período, es de presumir que el *Manvantara* habrá de comprender un número entero de tales «grandes años»; pero entonces, ¿cuál es ese número? A este respecto, encontramos, fuera de la tradición hindú, al menos una indicación precisa y que parece lo bastante plausible para que esta vez sea aceptada literalmente: en los caldeos, la duración del reino de Xisuthros, que es manifiestamente idéntico a *Vaivaswata*, el *Manú* de la era actual, se fija en 64800 años, esto es, exactamente cinco «grandes años». Señalemos incidentalmente que, como el número 5 es el de los *bhûtas* o elementos del mundo sensible, ha de tener necesariamente una importancia especial desde el punto de vista cosmológico, lo que tiende a confirmar la realidad de tal evaluación;

quizá incluso cabría considerar una correlación entre los cinco *bhûtas* y los cinco «grandes años» sucesivos de que se trata, tanto más que, de hecho, en las tradiciones antiguas de la América Central se encuentra una asociación expresa de los elementos con ciertos períodos cíclicos; pero es ésa una cuestión que requeriría ser examinada más de cerca. Sea lo que fuere, si ésa es verdaderamente la duración real del *Manvantara*, y si se sigue tomando como base el número 4320, que es igual al tercio del «gran año», este número habrá de multiplicarse por 15. Por otra parte, los cinco «grandes años» serán naturalmente repartidos de modo desigual, pero según relaciones simples, en los cuatro *Yugas*: el *Krita-Yuga* contendrá 2, el *Trêtâ-Yuga* 1 1/2, el *Dwâpara-Yuga* 1, y el *Kali-Yuga* 1/2; por lo demás, estos números, por supuesto, son la mitad de los que teníamos antes al representar por 10 la duración del *Manvantara*. Evaluadas en años corrientes, estas mismas duraciones de los cuatro *Yugas* serán respectivamente de 25920, 19440, 12960 y 6480 años, formando el total de 64800 años; y se reconocerá que estas cifras se mantienen dentro de unos límites perfectamente verosímiles, pudiendo corresponder muy bien a la antigüedad real de la presente humanidad terrenal.

Detendremos aquí estas pocas consideraciones, pues en lo que hace al punto de partida de nuestro *Manvantara*, y, por consiguiente, al punto exacto de su curso en el que actualmente nos encontramos, no es nuestra intención correr el riesgo de tratar de determinarlos. Sabemos, por todos los datos tradicionales, que desde hace ya mucho tiempo estamos en el *Kali-Yuga*; podemos decir sin ningún miedo al

error que estamos incluso en una fase avanzada de dicho *Yuga*, fase cuyas descripciones dadas en los *Púranas* responden además, del modo más patente, a las características de la época actual; pero ¿no sería imprudente querer precisar más, y, por añadidura, no conduciría inevitablemente a esas especies de predicciones a las que, no sin motivos graves, tantos obstáculos ha puesto la doctrina tradicional?

RESEÑA DE LIBROS

Mircea Eliade: *Le Mythe de l'éternel retour. Archétypes et répétition.*

(Gallimard, París).

(*El mito del eterno retorno.* Alianza Ed.).

El título de este pequeño volumen, que por lo demás no responde exactamente al contenido, no nos parece muy acertado, pues inevitablemente hace pensar en concepciones modernas a las que se aplica habitualmente el nombre de «eterno regreso», y que, además de la confusión de la eternidad con la duración indefinida, implican la existencia de una repetición imposible y claramente contraria a la verdadera noción tradicional de los ciclos, según la cual tan sólo hay correspondencia y no identidad; hay en esto una diferencia, en el orden macrocósmico, comparable a la que, en el orden microcósmico, hay entre la idea de reencarnación y la del paso del ser a través de los estados múltiples de la manifestación. De hecho, no es de eso de lo que se trata en el

libro de M. Eliade y lo que entiende por «repetición» no es otra cosa que la reproducción o, más bien, la imitación ritual de «lo que fue hecho en el comienzo». En una civilización íntegramente tradicional, todo procede de «arquetipos celestiales»: así, ciudades, templos, moradas, siempre se edifican según un modelo cósmico; otra cuestión conexa, y que, en el fondo, incluso difiere de ella mucho menos de lo que el autor parece pensar, es la identificación simbólica con el «Centro». Son cosas de las que hemos hablado bastante a menudo; M. Eliade ha reunido numerosos ejemplos que se refieren a las más diversas tradiciones, lo que muestra bien la universalidad y, podríamos decir, la «normalidad» de tales concepciones. A continuación, pasa al estudio de los ritos propiamente dichos, siempre desde el mismo punto de vista; pero hay un extremo al que hemos de poner serias reservas: habla de «arquetipos de las actividades profanas», cuando precisamente, en tanto que una civilización guarda un carácter íntegramente tradicional, no hay actividades profanas: creemos comprender que lo que él denomina así es lo que se ha vuelto profano a consecuencia de cierta degeneración, lo cual es bien diferente, pues entonces, y por ello mismo, ya no puede tratarse de «arquetipos», pues lo profano no es tal sino porque ya no está ligado a ningún principio trascendente; por lo demás, no hay verdaderamente nada de profano en los ejemplos que da (danzas rituales, consagración de un rey, medicina tradicional). En la continuación, se trata más en particular del ciclo anual y los ritos que se le relacionan; naturalmente, en virtud de la correspondencia que existe entre todos los ciclos, el propio año puede tomarse

como una imagen reducida de los grandes ciclos de la manifestación universal, y eso explica particularmente que se considere que su comienzo tiene carácter «cosmogónico»; la idea de «regeneración del tiempo», que el autor hace intervenir aquí, no está muy clara, pero parece que por ella hay que entender la obra divina de conservación del mundo manifestado, en la que la acción ritual es una verdadera colaboración, en virtud de las relaciones que existen entre el orden cósmico y el humano. Lo lamentable es que, para todo ello, haya que considerarse obligado a hablar de «creencias», cuando se trata de la aplicación de conocimientos muy reales y de ciencias tradicionales que tienen muy distinto valor que las ciencias profanas; y ¿por qué, además, por otra concesión a los prejuicios modernos, hay que excusarse por haber «evitado cualquier interpretación sociológica o etnográfica»?; cuando, por el contrario, no podemos sino elogiar al autor por esa abstención, sobre todo cuando recordamos hasta qué punto se estropean otros trabajos con semejantes interpretaciones. Los últimos capítulos son menos interesantes desde nuestro punto de vista, y, en todo, son los más discutibles, pues lo que contienen no es ya una exposición de datos tradicionales, sino más bien reflexiones que pertenecen exclusivamente a M. Eliade y de las que intenta sacar una especie de «filosofía de la historia»; por lo demás, no vemos cómo las concepciones cíclicas se oponen de algún modo a la historia (incluso emplea la expresión «rechazo de la historia»), y, a decir verdad, ésta, por el contrario, no puede tener realmente sentido sino en cuanto expresa el desarrollo de los acontecimientos en el transcurso del ciclo

humano, aunque los historiadores profanos no sean seguramente muy capaces de darse cuenta de ello. Si la idea de «desgracia» puede vincularse en un sentido a la «existencia histórica», es precisamente porque el desarrollo de un ciclo se efectúa según un movimiento descendente; y ¿hace falta agregar que las consideraciones finales, sobre el «terror de la historia», nos parecen realmente algo demasiado inspiradas por preocupaciones de «actualidad»?

Gaston Georgel: *Les Rythmes dans l'Histoire.*

(Edición del autor, Belfort)

Este libro constituye un intento de aplicación de los ciclos cósmicos a la historia de los pueblos, a las fases de crecimiento y decadencia de las civilizaciones; es verdaderamente una lástima que, para emprender un trabajo tal, el autor no haya tenido a su disposición datos tradicionales más completos, y que incluso sólo haya conocido algunos a través de intermediarios más o menos dudosos que han mezclado en ellos sus propias imaginaciones. Sin embargo, ha visto perfectamente que lo esencial a considerar es el período de la precesión de los equinoccios y sus divisiones, aunque adjunte a ello algunas complicaciones que en el fondo parecen bastante poco útiles; pero la terminología adoptada para designar ciertos períodos secundarios revela muchos equívocos y confusiones. Así, al doceavo de la precesión no puede realmente denominárselo «año cósmico»; tal nombre convendría mucho más bien al período entero, bien, sobre todo, a la mitad, que

es precisamente el «gran año» de los antiguos. Por otra parte, la duración de 25765 años probablemente esté tomada de algún cálculo hipotético de los astrónomos modernos; pero la verdadera duración indicada tradicionalmente es de 25920 años; una consecuencia singular es que, de hecho, el autor se ve llevado, algunas veces, a tomar los números exactos para ciertas divisiones, por ejemplo 2160 y 540, pero entonces los considera solamente «aproximados». Agreguemos todavía otra observación a este respecto; cree haber encontrado una configuración del ciclo de 539 años en ciertos textos bíblicos que sugieren el número $77 \times 7 = 539$; pero, precisamente, hubiera debido tomar aquí $77 \times 7 + 1 = 540$, aunque no fuera más que por analogía con el año jubilar, que no era el cuadragésimo noveno, sino el quincuagésimo, o sea $7 \times 7 + 1 = 50$. En cuanto a las aplicaciones, si bien se encuentran correspondencias y paralelismos no sólo curiosos sino realmente dignos de ser señalados, hemos de decir que otros son mucho menos patentes o que incluso parecen un tanto forzados, hasta el punto de recordar bastante enfadosamente las chiquilladas de ciertos ocultistas; también habría que poner reservas a otros extremos, por ejemplo, las cifras quiméricas que se indican para la cronología de las antiguas civilizaciones. Por otra parte, habría sido interesante ver si el autor hubiera podido seguir obteniendo resultados del mismo tipo extendiendo más su campo de investigaciones, pues hubo y hay todavía muchos otros pueblos que los que él considera; en cualquier caso, no pensamos que sea posible establecer un «sincronismo» general, porque, para pueblos tan distintos, el punto de partida ha de ser distinto

igualmente; y, además, las diversas civilizaciones no simplemente se suceden, también coexisten, como puede comprobarse aún actualmente. Terminando, al autor le ha parecido bien entregarse a algunas tentativas de «previsión del futuro», por lo demás dentro de límites bastante restringidos; es éste uno de los peligros de ese tipo de investigaciones, sobre todo en nuestra época, en la que las supuestas «profecías» están de moda; ninguna tradición fomentó jamás estas cosas, e incluso, si ciertos aspectos de la doctrina de los ciclos siempre han estado rodeados de obscuridad, ha sido para obstaculizarlas.

Gaston Georgel: *Les Rythmes dans l'Histoire.*

(Editions «Servir», Besançon).

Ya reseñamos este libro cuando apareció su primera edición; por aquel entonces, el autor, como él mismo lo indica en el prólogo de la nueva edición, no conocía casi nada de los datos tradicionales sobre los ciclos, de suerte que fue por una feliz coincidencia como llegó a encontrar algunos partiendo de un punto de vista totalmente empírico, y particularmente a sospechar la importancia de la precesión de los equinoccios. Las pocas observaciones que entonces hicimos tuvieron como consecuencia el orientarlo a estudios más detenidos, de lo cual no podemos sino felicitarlos, y debemos expresarle nuestro agradecimiento por lo que quiere decir a este respecto en lo que nos concierne. Así pues, ha modificado y completado su obra en numerosos puntos, añadiendo algu-

nos capítulos o párrafos nuevos, entre ellos uno sobre el historial de la cuestión de los ciclos, corrigiendo diversas inexactitudes y suprimiendo las consideraciones dudosas que antes había aceptado dando crédito a escritores ocultistas, a falta de poder compararlas con datos más auténticos.

Lamentamos tan sólo que haya olvidado sustituir por los números exactos 540 y 1080 los de 539 y 1078 años, cosa que, sin embargo, parecía anunciar el prólogo, y cuanto más que, por el contrario, ha rectificado en 2160 el de 2156 años, lo que introduce cierto desacuerdo aparente entre los capítulos que se refieren respectivamente a estos diversos ciclos múltiples uno de otro. También es un tanto lamentable que haya conservado las expresiones de «año cósmico» y de «estación cósmica» para designar períodos de una duración demasiado restringida para que puedan aplicárseles verdaderamente (precisamente las de 2160 y 540 años), y que más bien serían solamente, si se quiere, «meses» y «semanas», tanto más que el nombre de «mes», en suma, convendría bastante bien para el recorrido de un signo zodiacal en el movimiento de precesión de los equinoccios, y que, por otra parte, el número $540 = 77 \times 7 + 1$, como el de la séptuple «semana de años» jubilar ($50 = 7 \times 7 + 1$) de la que en cierto modo es una «extensión», tiene una relación particular con el septenario. Por lo demás, ésas son, poco más o menos, las únicas críticas de detalle que esta vez debemos formular, y el libro, en su conjunto, es bastante digno de interés y se distingue con ventaja de algunas otras obras, en las que con respecto a las teorías cíclicas se ostentan pretensiones mucho más ambiciosas y seguramente bien poco jus-

tificadas; se limita de manera natural a la consideración de lo que puede llamarse los «pequeños ciclos» históricos, y ello en el marco de las civilizaciones occidentales y mediterráneas solamente, pero sabemos que el señor Georgel está preparando, en el mismo orden de ideas, otros trabajos de carácter más general, y deseamos que pronto pueda llevarlos también a buen término.